

SCHULDt, Jürgen, 2012, *Desarrollo a escala humana y de la naturaleza*, Lima, Universidad del Pacífico. 228 pp.

En este libro, Jürgen Schuldt muestra de manera fascinante –y como siempre de forma atractiva y ágil– el análisis sobre un tema especialmente importante para la economía del desarrollo, que ha cobrado especial relevancia a inicios del siglo XXI. No dudo que este libro es de utilidad para todas las personas que laboran en cualquier tipo de organización, en especial privadas y del Estado.

El autor inicia su tarea con el estudio de las concepciones filosóficas del desperdicio según los economistas clásicos. En cuanto al análisis económico basado en el enfoque microeconómico neoclásico moderno, que reina desde la década de 1940, señala que no hay forma de discutir el malestar como resultado del derroche de dinero y del desperdicio de mercancías, en la medida en que se considera –por simple construcción axiomática– que lo que adquiere el consumidor lo utiliza plenamente hasta donde se puede, técnicamente hablando. Antes de esto, ya se ha visto que ello no es así en la práctica de la vida cotidiana, especialmente en el caso del consumo de bienes y servicios, y particularmente de alimentos, que se desperdician en cantidades sorprendentes (Schuldt 2012: capítulo 3).

Alfred Marshall distinguía entre «necesidades» y «lujos», siendo las primeras fundamentales para que los trabajadores alcancen «niveles eficientes de esfuerzo», lo que denominó «consumo productivo». La industria de la comida rápida utiliza aceites, grasas, azúcar y otros ingredientes adictivos para crear una dependencia poco saludable de alimentos que contribuyen a la obesidad. Un tercio de norteamericanos hoy son obesos. La publicidad masiva contribuye a muchas otras adicciones de consumo que no implican grandes costos para la salud pública, entre ellas: tiempo excesivo frente al televisor, apuestas, consumo de drogas, tabaquismo y alcoholismo.

Es posible revertir este hecho social, para lo cual los economistas deberían cumplir con las siguientes pautas o guías de acción: a) la economía está para servir a las personas y no las personas para servir a la economía; b) el desarrollo es para las personas, no para las cosas; c) crecimiento no es lo mismo que desarrollo y el desarrollo no necesariamente requiere de crecimiento; y d) la economía es un subsistema de un sistema mayor y finito: la biosfera.

Por ende, el crecimiento permanente es imposible y el valor esencial para sostener una nueva economía debería ser que no solo el interés económico, bajo ninguna circunstancia, pueda estar por encima de «la reverencia de la vida». El autor nos propone que la producción debe servir a las necesidades reales y no tan solo a las demandas del sistema econó-

mico; además, debe reemplazarse el antagonismo mutuo estimulando los sentimientos de solidaridad y cooperación; y también, la meta de los arreglos sociales debe ser el bienestar humano y la prevención del malestar. En otras palabras, como dice Wolfensohn, «sin desarrollo a escala humana paralelo no habrá desarrollo económico satisfactorio».

En otro de sus contenidos, Schuldt nos habla sobre el fetichismo del crecimiento económico y la cultura del derroche consumista, para lo cual cita a Eduardo Galeano: «el derecho al derroche, privilegio de pocos, dice ser la libertad de todos. Esta civilización no deja dormir a las flores, ni a las gallinas, ni a la gente. En los invernaderos, las flores están sometidas a luz continua para que crezcan más rápido. En las fábricas de huevos, las gallinas también tienen prohibida la noche. Y la gente está condenada al insomnio por la ansiedad de comprar y la angustia de pagar».

En última instancia, como es fácil reconocer, la economía capitalista de mercado solo sobrevive, crece y «progres» como resultado de la presión recurrente de la expansión de la oferta de bienes como consecuencias de la cada vez más intensa competencia intercorporaciones, que se ha venido dando con más fuerza aun como resultado de la «globalización».

Cincuenta años atrás, John K. Galbraith ya alertaba sobre el hecho de que en los Estados Unidos más personas morían por comer demasiado que por estar subalimentadas. De manera que, por una parte, la abundancia de los bienes de consumo adquiridos que se desechan es un problema y, por otra, bastante más preocupante, el sobreconsumo de mercancías no solo lleva al sobrepeso sino que genera otras dificultades de salud. Además existen amplias repercusiones derivadas de la producción de esas mercancías, tales como el uso exagerado de recursos naturales no renovables y el impacto que su explotación y transformación ejerce sobre el medio ambiente y el potencial nivel de vida de las futuras generaciones.

Podemos observar que los países que más desperdician alimentos en términos de volumen –en sus diversas etapas de extracción, transformación, transporte e ingreso– son los llamados «desarrollados», consecuencia de sus altos niveles de ingreso y su creciente desidia y despreocupación en materia de gastos y utilización de los bienes adquiridos. Sorprendentemente, América Latina pierde más alimentos per cápita en la fase previa al consumo propiamente dicho que todas las demás regiones.

De manera que el desperdicio, en los dos grupos de países que el autor menciona, es bastante superior en la fase de preconsumo que en las propiamente productivas y de distribución-comercio (extracción, almacenamiento, ventas al por mayor y al por menor),

llegándose a cifras sorprendentes por año y por persona. Como tal, el problema de despido en el consumo efectivamente es menor que el desperdicio en la producción, con lo que se convierte –y ya no solo en el caso de los alimentos– en el primer problema mundial si queremos afrontar la tragedia del masivo hambre a escala mundial, que actualmente afecta a mil millones de personas, un sétimo de la población global.

Finalmente, el libro de Schuldt nos invita a reflexionar sobre la insuficiencia del modelo de desarrollo centrado solo en aquellas estructuras clásicas del capital y, más bien, nos propone reemplazar la visión unidimensional del economicismo por una propuesta de desarrollo integral y sostenible; ese es el reto definitorio del siglo XXI. Su aporte es su invitación a fortalecer un nuevo enfoque para la práctica del desarrollo, aprendiendo del pasado, pero buscando nuevos retos para la resolución de los problemas concretos de la humanidad. Como sociólogo, agradezco al autor haber desarrollado su temática haciendo justicia a los aportes de quienes investigan en muchas disciplinas y no solamente desde la óptica de la economía.

Oswaldo Medina García
Universidad del Pacífico, Lima